LOS TÚMULOS DE AZAPA: REFLEXIONES SOBRE COMPLEJIDAD SOCIAL EN LOS PESCADORES EN TRÁNSITO A LA AGRICULTURA EN ARICA

Iván Muñoz Ovalle

Introducción

En el valle de Azapa, a partir del 3000 a.p., los pescadores y recolectores comienzan a enterrarse en grandes montículos los cuales van a constituir los monumentos más representativos de la historia inicial agrícola de los valles costeros del norte de Chile. Debido a su estructura elevada, predominancia visual y considerable volumen, estas estructuras marcan un hito en la conformación histórica y social de las poblaciones costeras. La construcción de estos montículos constituye el primer indicio de una arquitectura prehispánica monumental, en nuestros valles costeros. Constituirían, después de Chinchorro, las evidencias más conspicuas para entender el proceso de complejidad social incipiente y los cambios operados en los grupos pescadores y recolectores de la costa del extremo norte de Chile.

En los túmulos, las comunidades de pescadores no sólo enterraron y re-enterraron a los miembros de su comunidad, sino que también desarrollaron un complejo sistema de creencias e ideologías en torno al territorio, la muerte y el culto a los ancestros. Visto de esta manera, la trilogía conformada por agua, cerros y entierros en túmulos, habrían constituido la evidencia más representativa de la estructura ideológica de los pescadores en tránsito hacia la agricultura.

Si bien los pescadores dejan gradualmente la costa para vivir de la agricultura en el valle de Azapa, siguen explotando los recursos del litoral ya que la distancia que los separa no va más allá del 12 km. La presencia de ofrendas en las tumbas de los constructores de túmulos como: arpones, redes y anzuelos, sugieren que estas poblaciones no se desprendieron de sus tradicionales tecnologías para la explotación del mar. Por otro lado, los análisis isotópicos de muestras de cabello y hueso, así como el análisis de coprolitos humanos en poblaciones constructoras de túmulos, muestran un consumo de productos variados, vinculados con la recolección y pesca marina; con el cultivo de frutos y tubérculos; y la recolección de plantas, demostrando la capacidad de estos grupos humanos por diversificar su dieta gracias a la explotación combinada del valle, playas y roqueríos del litoral (Silva Pinto et al. 2014; Muñoz 2004).

El presente texto tiene como objetivo general reflexionar a la luz de la investigación desarrollada por varios años en el valle de Azapa, sobre la Complejidad Social generada en los pescadores en tránsito a la agricultura en dicho valle. Ahora bien, para generar dicha reflexión, planteamos dos objetivos específicos que apuntan: a) profundizar el conocimiento de los procesos culturales ocurridos en los valles de Arica, especialmente Azapa, durante el período de transición de caza – recolección a la agricultura inicial, enfatizando el uso y demarcación del espacio territorial, tomando como eje los monumentos funerarios (túmulos); y b) reconstruir e interpretar la forma social del paisaje, desde una perspectiva sincrónica y diacrónica, visualizando conjuntos de túmulos (nodos), las relaciones entre éstos y el conjunto de otros sitios arqueológicos, existentes en el área, contemporáneos con el periodo de estudio (ejemplo: cementerios, aldeas, etc.).

La metodología de campo tuvo como base la prospección de todo el sistema de túmulos presentes en el valle de Azapa, identificándose alrededor de cincuenta estructuras de este tipo, distribuidas entre los kms. 4 al 18. Las unidades de muestreo correspondieron a sitios con concentración de túmulos y componentes asociativos. Para tal efecto se realizaron levantamientos topográficos, planimetría y georeferencia. Por su parte, la interpretación de los procesos culturales se basó en el estudio de los contextos arqueológicos que derivaron de dicha prospección, sumada a la información que arrojaron las excavaciones de túmulos de AZ-67, sector de Cerro Moreno, y el estudio de las colecciones de túmulos depositadas en el Museo Arqueológico de San Miguel de Azapa.

El artículo se estructura en primer lugar analizando una serie de antecedentes culturales que ha entregado la literatura arqueológica referente a los túmulos excavados en su gran mayoría en el valle de Azapa. En segundo lugar, a raíz de una serie de trabajos realizados en el complejo de túmulos de Az-67, sector de Cerro Moreno, valle de Azapa; se analiza la distribución espacial de los túmulos, arquitectura constructiva y las dataciones radiométricas obtenidas de distintos túmulos fechados. En tercer lugar, se discute la función de los túmulos como monumentos ceremoniales, abriendo la discusión para un cuarto punto referido a la complejidad y diversidad social de las poblaciones constructoras de túmulos en un contexto de transformación y cambio vinculado a la agriculturación de los valles costeros. Finalmente, a manera de conclusiones, se plantea que los túmulos constituyen un refugio de los ancestros; los que junto a los cerros y el agua habrían constituido la estructura ideológica sobre el cual se cimentó la identidad de los tempranos agricultores de Azapa.

Complejidad social en las poblaciones de pescadores en tránsito a la agricultura

Hace aproximadamente 4000 a.p. comienza a desaparecer gradualmente la tradición cultural Chinchorro; observamos por ejemplo un cambio en el patrón de entierro, siendo la momificación artificial y posición extendida de los cuerpos, reemplazada por una posición cúbito lateral con piernas flexionadas. Los cuerpos son depositados en fosas y se los identifica, espacialmente, con un madero en posición vertical visible desde la superficie. Esta nueva forma de sepultura refleja evidentemente cambios en el nivel ideológico de las sociedades costeras. Por otro lado, se aprecia a través del ajuar mortuorio, una mayor tendencia al uso de adornos corporales como collares y tocados cefálicos; estos últimos conocidos también como turbantes, cuyo origen se remonta desde el período Arcaico. A estas incorporaciones tecnológicas y manifestaciones de complejidad social, se agrega la introducción del complejo alucinógeno, lo que podría sugerir una temprana ingesta de sustancias psicoactivas en las poblaciones de pescadores arcaicos del extremo norte de Chile, o en su defecto, una activa interrelación de intercambio de bienes de prestigio con grupos humanos foráneos.

El análisis del registro arqueológico muestra que, a medida que los pescadores y recolectores fueron transformando los valles con la explotación agrícola, la población presentó un aumento, derivando en el establecimiento de un régimen de vida sedentario, una mayor planificación de sus asentamientos y una organización con ciertos grados de jerarquía de los espacios domésticos-funerarios. En este contexto, los túmulos funerarios constituyen las muestras visibles de un patrón de asentamiento cuyo propósito fue demarcar los territorios que disponían de recursos hídricos; aspecto que habría requerido la legitimación del acceso a dichos recursos a través de la validación de un uso ancestral. De tal manera que los primeros núcleos poblacionales en el valle conformaron nodos territoriales que giraron en torno a estos brotes de agua dulce (Figura 1).

Los grupos que se hicieron del control de los recursos hídricos, lograron consolidar un espacio social sustentado en diferentes evidencias que marcarían la complejidad social tales como: la edificación de montículos, preparación de entierros, piezas excepcionales confeccionadas en tejidos y metalurgia, entre otros; marcando con esto el inicio de una transformación social en las tempranas poblaciones aldeanas. Para McGuire (1983), el concepto de Complejidad Social implica una serie de variables tales como estratificación y diversidad, dimensiones de la que desprenden las nociones de heterogeneidad y desigualdad; mientras la primera refiere a la distribución de la población en grupos sociales,

Figura 1. Vertiente El Socavón, km 13 margen sur río San José, valle de Azapa.

la segunda trata sobre el acceso diferencial a los bienes materiales y sociales. Para ambos casos señala que la mejor evidencia arqueológica la podemos medir de la información que proviene de entierros y arquitectura[1]. En este sentido, y vinculada a la problemática central de este trabajo, a saber la complejidad social en los pescadores en tránsito a la agricultura, se discuten tres interrogantes: ¿cómo estuvieron organizadas territorialmente las poblaciones de túmulos, en un contexto de distribución espacial que los llevó a conformar una serie de conjuntos nodales?, ¿qué rol cumplieron los túmulos como estructuras monumentales? y, ¿cómo habría sido el proceso de construcción de un túmulo y cuánto tiempo habrían perduraron dichas construcciones?.

El estudio de los túmulos ha proporcionado la base para entender que el origen de la arquitectura[2] en los valles de Arica está relacionado con la complejidad social de los primeros agricultores. Probablemente estos monumentos constituyeron el producto material de un nuevo orden social y una nueva forma de ser y

estar en el mundo; su construcción al parecer obedeció a un patrón estructural de origen costero donde la idea de levantar montículos, tal vez tuvo como modelo los cerros, hitos geográficos de gran preponderancia en los valles desérticos costeros.

En este proceso adquiere real importancia la formalización de los cementerios y la figura de los ancestros como mecanismo social que contribuyó a consolidar la relación entre grupos de descendencia y lugares claves del paisaje. Dentro de los lugares claves del paisaje de los valles costeros se hayan las vertientes, donde emana agua dulce, recurso vital en un espacio de mucha sequedad y salinidad; por lo tanto, como una forma de señalizar y reclamar dichos recursos, las poblaciones habrían construido los túmulos en cuyo interior se hallaban los restos de sus ancestros; esto posiblemente le dio derecho al uso de las aguas, con las cuales pudieron desarrollar las prácticas agrícolas. De este modo, y en el entendido que los túmulos pudieron ser refugio de los ancestros, proponemos que los cerros y el agua habrían constituido la estructura ideológica fundacional sobre el cual se cimentó la identidad de estos tempranos agricultores. De tal manera que la construcción de los montículos y las ceremonias celebradas en ellos, al parecer fueron los conductos que ayudaron a una socialización de las comunidades de los valles costeros como Azapa, constituyéndose por lo tanto en lugares perdurables, con un sentido de identidad territorial.

Los constructores de túmulos

Los túmulos corresponden según los antecedentes bibliográficos a necrópolis construidas de forma monticular, similar a lomas de cerros, su estructura interna está conformada por capas de sedimentos y cantos rodados, alternadas con capas de fibra vegetal, presentan cada una de ellas características especiales; algunas cubren la totalidad de la superficie del túmulo, otras sólo un sector del montículo (Figura 2). Los entierros ubicados en las capas de sedimentos están por lo general removidos, lo que sugiere que fueron reenterrados; los cuerpos se hallan en posición decúbito dorsal y lateral con las piernas flexionadas. Junto al cuerpo aparece un madero en posición vertical a la altura de la cabeza, además de piedras o bolones de canto rodado de río, los que serían señalizadores de los entierros (Muñoz 2004; Godoy 2014). Algunos túmulos suelen presentar ofrendas como orejeras, cráneos envueltos en bolsas de malla con asa, silbatos, tejidos multicolores, restos de productos agrícolas, etc., las que generalmente se encuentran depositadas en los bordes y cimas de estos (Figura 3).

Figura 2. Az-67, túmulos 1 y 2, sector de Cerro Moreno, valle de Azapa

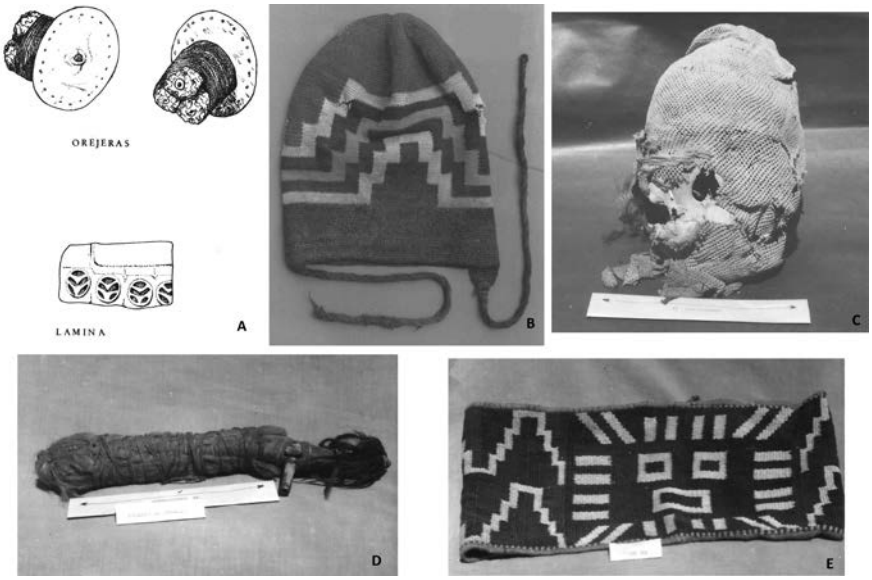

Figura 3. Ofrendas de túmulos: a) Ofrendas al túmulo Az-122. Orejeras y placa confeccionada en plata; b) Gorro multicolor con decoración escalonada. Túmulo 1, Az-70; c) Cabeza de trofeo. Cráneo envuelto en una bolsa punto red con una asa en el extremo superior. Túmulo 2, Az-70; d) Silbato. Túmulo Az-70; e) Bolsa faja con decoración escalerada y figura antropomorfa. Túmulo Az-70.

La información bioarqueológica que arroja los estudios de población halladas en los túmulos señala que las personas que se enterraron en los túmulos fueron de distintas categorías etarias: lactantes, infantes, jóvenes y adultos, presentan deformación craneana de tipo circular, tabular erecta y oblicua. Al analizar la estatura de las poblaciones a través del tiempo vemos por ejemplo que las poblaciones de túmulos Az-70, tienen una estatura en el caso de las mujeres que va de 1.50 cm. a 1.60 cm., a diferencia de los hombres que alcanzan una estatura máxima de 1.66 cm (Soto-Heim 1987; Muñoz 2004; Muñoz et al. 2016).

Respecto a las enfermedades y patologías óseas, en cuerpos masculinos de Az-70, se observan artropatías que dañaron la columna lumbar. Los cambios de altitud y las características abruptas que presentan el terreno de la costa y los valles bajos, posiblemente implicó que el desplazamiento de los seres humanos en estos espacios debió repercutir considerablemente en su estructura esquelética (Standen 1991). Otras lesiones diagnosticadas fueron fracturas nasales y de cráneo a la altura de los huesos occipital y frontal, las que probablemente se vinculan con problemas de violencia intergrupal (Standen et al. 2007). Finalmente, en tejido blando fueron detectados casos de neumonía y patología gastrointestinal (Allison 1989).

En cuanto a la mortalidad vemos una alta frecuencia de lactantes e infantes, en algunos casos en el momento de nacer junto a su madre. Las razones de estas muertes podrían deberse al proceso de adaptación a una nueva dieta –consumo de productos agrícolas-, lo cual habría implicado una serie de factores de riesgo; otra razón según Silva-Pinto (2014) pudo haber sido complicaciones del parto o haber contraído enfermedades metabólicas e infecciosas. Similares índices de mortandad se han observado en los cementerios del Morro de Arica y desembocadura de río Camarones en las poblaciones Ca-15, que caracterizan el proceso agrícola temprano en dicho valle (Allison 1989; Muñoz 2004; Muñoz et al. 2016).

Según Watson y Arriaza (2014), la incorporación en la dieta de cultígenos habría tenido consecuencias significativas para las poblaciones de los valles ariqueños, marcando una diferencia entre los residentes de la costa y los que se asentaron al interior de los valles. Plantean que los patrones de salud bucal entre las poblaciones de valle y costa fueron muy marcados, reflejando diferentes estrategias de adaptación y subsistencia. En el caso de las poblaciones de valle las patologías habrían resultado del alto consumo de carbohidratos a diferencias de los grupos costeros cuya dentadura fue afectada en menor grado puesto que su dieta estuvo dada por pescados y mariscos, produciendo en el caso de los moluscos un desgaste en los dientes como consecuencia de una dieta abrasiva.

En relación a los asentamientos donde habitaron los constructores de túmulos, estos se ubicaron en espacios habitados inicialmente por pescadores y recolectores marinos (2800 a.p.); estos corresponden a terrazas fluviales y faldeos con amplia visibilidad, cercanos a vertientes y humedades, lo que les permitió evitar, entre otros aspectos, los ambientes malsanos producidos por su alta humedad y concentración de mosquitos trasmisores de la malaria (Schenone et al. 2002). Los asentamientos de estos tempranos agricultores se caracterizan por la presencia de estructuras habitacionales de forma circular tipo choza o paravientos, las que estaban espacialmente relacionadas con los túmulos. En el caso de los campamentos hallados en el valle de Moquegua, sector Montalvo (sur del Perú) y Camarones sector de Conanoxa (norte de Chile), los recintos habitacionales se caracterizan por un grupo de estructuras de planta de forma circular, formada por una hilada de piedras de 1.50 a 2.00 m de diámetro, con una leve depresión en su interior (Niemeyer y Schiappacasse 1963). En la estructura *Cxa E-2* de Camarones, se hallaron restos de morteros fragmentados, asociados a restos vegetales y huesos de animales, restos de caparazones de camarón y pelos de guanaco, evidencias de las actividades domésticas producidas por personas que acamparon en dichos recintos. En el caso del campamento Az-115 del valle de Azapa, Muñoz (2004) plantea que los espacios domésticos[3] fueron pequeños, de 1.5 m de diámetro, presentando una depresión en su interior. Algunos de ellos, fueron modificados según lo estimaron conveniente sus moradores, incluso permitiendo el entierro de algunos miembros del grupo habitacional al final de la ocupación.

En la medida que la economía agrícola se fue estabilizando en los valles, con la producción del maíz, frijoles, ají, algodón, calabazas, camote, yuca, etc., se fueron produciendo las condiciones necesarias para sostener una mayor población viviendo en el valle; esta situación habría permitido que se comenzaran a construir asentamientos más estables (aldeas) con la idea de albergar a gente especializada como agricultores, artesanos, alfareros y tejedores, entre otras actividades. Esta especialización del trabajo habría sido entre otras, la causa que los campamentos o aldeas primarias establecidos en los valles, derivaran hacia aldeas más consolidadas, como es posible observarlo en la aldea Az-83, sector Alto Ramírez, valle de Azapa (Muñoz 2004).

En lo que respecta a los túmulos; estas estructuras compartieron los espacios donde se construyeron los campamentos, plataformas fluviales con forma de anfiteatro que permitieron una amplia vista panorámica. Ejemplos de estos espacios están en Calaluna y la Granja-Echenique en Moquegua, Miculla en Tacna, Alto Ramírez, San Miguel, Cerro Moreno, en Azapa y Conanoxa en Camaro-

nes. La estrecha relación entre las áreas habitacionales, las zonas de entierros y las áreas de actividad agrícola sugiere la constante preocupación de los habitantes por apropiarse de los espacios con mejores tierras y recursos hídricos, con el fin de desarrollar las primeras prácticas agrícolas. Paralelamente, la presencia de senderos que interconectaron estas áreas brindando un acceso entre la costa y el valle fueron parte del complejo entramado de estrategias de integración territorial que los pobladores constructores de túmulos utilizaron (Muñoz 2014).

La identificación de variadas especies vegetales (Bustos 2014) señala la predilección de las poblaciones por los sectores húmedos del valle; por otro lado, la utilización de especies vegetales completas (incluyendo raíces) refleja el conocimiento acerca del ciclo de vida de las plantas que las sociedades constructoras de túmulos poseían. Es así como las especies identificadas con mayor frecuencia en los túmulos de los valles de Azapa y Camarones corresponden a frutos de algodón, tallos de cola de caballo o yerba del platero, flores y ramas de la especie *Baccharis* sp., hojas y ramas de brea o sorona, hojas y ramas de *Pluchea chingoy*, además de junquillos, totora, pimiento, yaro, caña, algodón, chilca, cola de caballo y pacay. La identificación de 25 especies repartidas en 13 familias botánicas sugiere una clara relación agroecológica del ser humano con su entorno. Complementariamente, la predominancia de las especies herbáceas por sobre las semileñosas y leñosas en los túmulos, refuerza la idea del constante acceso a los cauces de agua como ríos o vertientes, que permitieron obtener materia prima para la construcción de camadas vegetales en forma permanente y/o en cualquiera estación del año. En el caso de los túmulos Az-67, Ledezma (2014) señala que las vertientes más explotadas fueron las que se sitúan en el primer y segundo diámetro de explotación, puesto que éstas poseen aguas de mejor calidad, incluso apta para la agricultura de frutales y consumo humano, presentan menores distancias a recorrer y son factibles de explotar en un día. La explotación de ciertos espacios húmedos como la vertiente el Socavón habría permitido una estrecha relación entre las comunidades de pescadores en tránsito a la agricultura con su hábitat más cercano, lo que hizo que se produjera un sentido de pertenencia y/o territorialidad del espacio valluno.

Características constructivas de los túmulos

Las excavaciones de los túmulos 1 y 2 en Az-67, valle de Azapa, han proporcionado información para analizar la arquitectura constructiva de estos montículos. Muñoz y Gutiérrez (2011) señalan que su construcción fue compleja y planifi-

cada. Cada uno de sus elementos esta introducido de manera funcional y en armonía con su estructura, su entorno y medio ambiente. Los montículos fueron construidos en etapas, lo que se desprende de la disposición de sus elementos constitutivos. De acuerdo a dataciones radiocarbónicas obtenidas del nivel base y superior de los estratos del túmulo, todo parece indicar que su construcción se desarrolló durante un periodo de tiempo prolongado, alcanzando una duración de 600 años aproximadamente (2800 al 2200 a.p.).

La construcción de túmulos fue un proceso que requirió una inversión importante de trabajo, capital económico, conocimientos tecnológicos y participación comunitaria. Este proceso involucró una serie de fases productivas que parte con la recolección de los materiales, hasta culminar en la construcción de los montículos; y cuya intención habría sido el lograr una apropiación del espacio y legitimación social y simbólica del mismo a partir de la monumentalización de la muerte. Por otro lado, la construcción de montículos en distintos sectores del valle con cronologías similares, donde además se hallan evidencias de una temprana tecnología agraria como la construcción de acequias y pequeños campos de cultivos y campamentos humanos, claramente constituyeron un paisaje social que dio identidad a los pescadores ariqueños en tránsito hacia la agricultura.

El análisis constructivo

El proceso constructivo de los túmulos permitió el desarrollo de técnicas que ayudaron a desplazar volúmenes importantes de tierra, así como confeccionar las camadas con las que cubrieron amplias extensiones del túmulo. Estas camadas, gracias a su plasticidad, cumplieron la función de disminuir la rigidez de estas estructuras monticulares y haciéndolas más resistentes a los recurrentes movimientos telúricos. Desde el punto de vista de su configuración actual, los túmulos mayores de 2 m, como lo demuestra la excavación del túmulo 1 de Az-67, son producto de la formación de pequeños túmulos que alcanzan 1 m aproximadamente, los cuales fueron fusionándose unos con otros hasta llegar a conformar una pequeña loma que es lo que observamos en la actualidad.

Respecto a la cadena operativa desarrollada para construir dicho túmulo, esta pudo haberse dado a través de varias etapas:

- *Recolección de plantas para la confección de las capas de fibra vegetal:* En esta etapa se comenzó con la búsqueda, recolección y traslado de las especies vegetales, los lugares escogidos al parecer fueron las vertientes. Paralelo a este trabajo se pudo realizar la etapa de limpieza y preparación del terreno.
- *Instalación de la capa vegetal:* Esta etapa consistió en la preparación de

camadas y colocación de esta en su correspondiente posición y disposición para conformar la capa del túmulo.

- *Recolección piedras*: Esta etapa consistió en la recolección y búsqueda de piedras y cantos rodados de río para su postura dentro de la capa inerte. Esta etapa se puede traslapar temporalmente con alguna de las etapas tanto anteriores como posteriores a esta.
- *Sustracción de arenas:* Esta etapa consistió en la elección y sustracción de tierras (sedimentos) para colocar en el túmulo.
- *Colocación de arenas:* Esta etapa consistió en la colocación de la tierra (sedimentos) en el túmulo.

En cuanto al momento ideal para construir los túmulos, en el caso del túmulo 1 de Az-67, su construcción pudo haberse dado en distintas épocas del año tomando en consideración el tipo de plantas que aparece entre las capas de fibra vegetal. De acuerdo con el análisis arqueobotánico; las plantas más utilizadas fueron *Gossypium barbadense* (Algodón), *Sonchus sp*. (Ñilhue), *Zea Maíz* (Maíz), *Capsicum annuum* (Ají), *Cucurbitácea* (Calabaza), *Lycoprsicon chivense* (Tomatillo), *Poaceae* (Pasto) entre otras. Las plantas fueron dispuestas casi completas desde la raíz, incluyendo el tallo, las hojas, las espigas y en algunos casos los frutos. Como consecuencia de la estabilidad del clima, en la actualidad estas plantas crecen durante todo el año.

En relación a la conformación de las capas de fibra vegetal, en el túmulo 1, Az-67, en los primeros niveles aparecen en forma ordenada, a diferencia de las capas superiores donde observamos la preparación de capas en forma menos ordenada y dispersa. Esta situación nos lleva a sugerir que la construcción del túmulo no se realizó de una sola vez, la composición de las capas inferiores y superiores marcan una diferencia constructiva, lo que se refleja en su estética, esto sugiere la participación de distintas personas en la construcción del túmulo.

Sobre los materiales utilizados en la construcción de los túmulos de Az-67, observamos que en la base de los túmulos se hayan distribuidos troncos de pace y pimientos, constituyéndose en maderos demarcatorios de entierros y sostén de las primeras capas de fibra vegetal. Las capas estériles se componen de arena y material árido; en estas capas a veces se hallan restos de material cultural y orgánico como conchas y coprolitos. Son en estas capas de sedimentos donde se depositaron los restos mortuorios (entierros y ofrendas); sin embargo, cuando no hay registro de este tipo de restos mortuorios, los hallazgos se reducen a osamentas humanas aisladas sin un ordenamiento y patrón establecido.

El tipo de artefactos utilizados en la construcción de los túmulos es variado,

para el traslado de la tierra y vegetales posiblemente utilizaron capachos, estos artefactos han sido hallados en entierros de túmulos como Az-70 (Focacci y Erices 1972-73; Muñoz 1987); se caracterizan por una estructura base de madera de forma cónica, sus paredes fueron confeccionadas en fibra vegetal. Otro implemento multifuncional probablemente utilizado para el traslado de sedimentos y fibras vegetales correspondería a esteras de fibra vegetal confeccionadas con técnicas similares a las usadas para confeccionar el capacho. Estas sirvieron además para cubrir los cuerpos de difuntos y para proteger las moradas habitacionales. Junto con lo anterior, los cestos de paredes altas, cuyos fragmentos aparecen con relativa frecuencia en las capas de sedimentos, pudieron también haber cumplido funciones de transporte de materiales áridos. Se sugiere además la presencia de pequeños astiles y maderos utilizados para separar y ordenar las plantas que conformaban las capas de fibra vegetal.

Distribución espacial y temporal de los túmulos

Estos se ubican en su gran mayoría en las terrazas fluviales y faldeos de cerros en la ladera sur del valle, ocupando lugares abiertos y estratégicos, cercanos a los afloramientos de agua (vertientes). El análisis de Distribución Espacial, desarrollados por Muñoz y Zalaquett (2011) en túmulos del valle de Azapa, señala la existencia de un estrecho vínculo entre estos montículos y los recursos de agua de vertientes distribuidas a lo largo del valle (Figura 4). El modelamiento entrega un índice de 1,3 km. de distancia entre la ubicación de los túmulos funerarios y las fuentes de recursos hídricos, promedio de distancia propicia para la explotación de los recursos naturales con movilidad diaria de más de una ocasión (Figura 5).

Las características paisajísticas del valle y la distribución de los recursos hídricos favorecieron la implementación de asentamientos de túmulos separados entre sí que, posiblemente, se estructuraron, tanto social como políticamente, de manera independiente en torno a los espacios ceremoniales, como se puede observar en los sectores de San Miguel, Alto Ramírez y en menor escala en Az-67 (Cerro Moreno). Es a partir de estos núcleos de agricultores tempranos y su ordenamiento territorial del espacio, desde donde se gesta la distribución de los asentamientos aldeanos que continuó en el valle hasta la época colonial.

Respecto a los datos ocupación por m^2, Muñoz y Zalaquett (2011) han definido 3 rangos de ocupación de sitios en el valle de Azapa. El primero, de 1 a 4 túmulos con un área de 100 a 6200 m^2 aproximadamente; un segundo rango

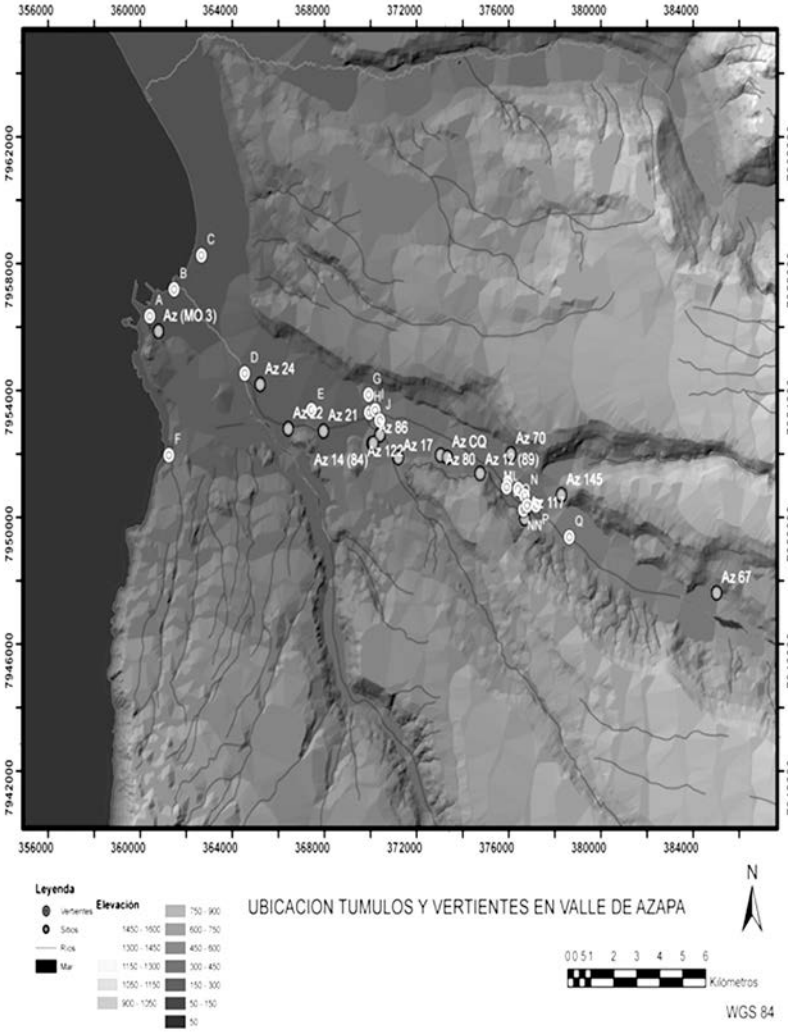

Figura 4. Ubicación túmulos y vertientes en el valle de Azapa

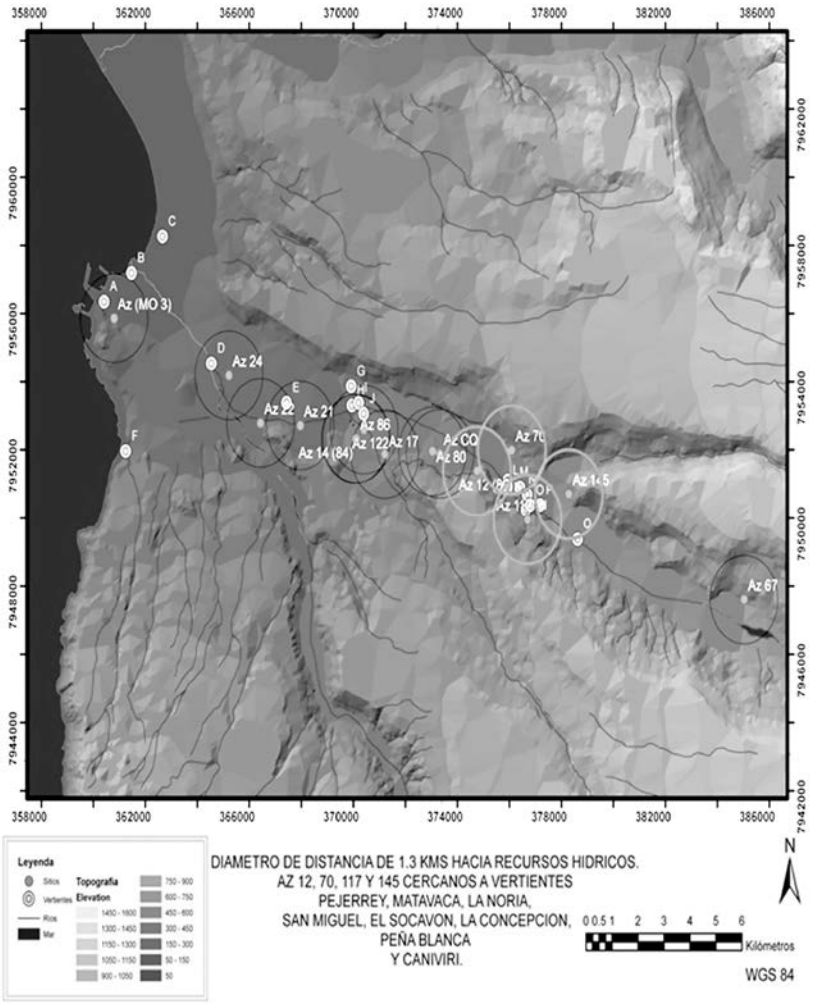

Figura 5. Diámetro de distancia entre túmulos y vertientes, valle de Azapa.

sería de 5 a 10 túmulos con un área de ocupación de 26.000 m^2; y un tercer rango sería de 11 a 23 túmulos con un área de ocupación de 82.000 m^2. Sin embargo, se debe tener en consideración que el número de túmulos existentes en la actualidad es inferior a la cantidad de montículos edificados durante la fase Alto Ramírez, muchas de estas construcciones han sido destruidas por el avance agrícola durante los últimos 30 años.

Los túmulos en general tienen forma de lomas, similar a los cerros. En cuanto al tamaño de los complejos de túmulos; el mayor de éstos se ubica en la Pampa Alto Ramírez ocupando un área de 82.000 m^2; correspondería a un tercer rango donde se contabilizaron 23 túmulos. El alto número de túmulos relacionado a una amplia visibilidad indicaría que en la Pampa Alto Ramírez se habría concentrado un número mayor de población constructora de túmulos. Una mayor evidencia para plantear esta hipótesis se relaciona con la presencia de la única aldea vinculada al periodo Formativo, Az-83, la que fue construida a través de recintos de forma circular con hondonadas al piso.

Estas áreas de ocupación tienen la particularidad de ubicarse en sectores estratégicos de gran visibilidad como pampa Alto Ramírez, San Miguel y Cerro Moreno, donde se hallan los mayores conjuntos de túmulos. Estos sectores se caracterizan por ser los lugares con mayor concentración de vertientes y tierras agrícolas, constituyéndose por lo tanto en áreas de mayor poblamiento humano durante el periodo Formativo. Desde el punto de vista geográfico, la delimitación está dada por el Noreste por la confluencia del valle de Azapa con la quebrada del Diablo y hacia el Suroeste con la confluencia del valle de Azapa con la quebrada de las Llosyas.

La visibilidad que presentan los conjuntos de túmulos es amplia, incluye desde la costa de Arica hasta el encajonamiento del valle a la altura del km 25. El dominio visual permitió a las poblaciones formativas posiblemente calcular el tiempo y distancia de un complejo funerario a otro, así como conocer los recursos vegetales y faunísticos que cada humedal y vertientes ofrecían.

Fechados y rango de ocupación

Sobre el rango de tiempo de ocupación de los túmulos de Azapa (ver Tabla 1), Muñoz *et al.* (2014), señalan:

Sitio	Procedencia	Muestra	Edad ^{14}C a.p.	Error	Edad calibrada 1	Edad calibrada 2
Az-24	Tum 1/ Estr. 1_279616	Vegetal	2.200	40	356,5 – 201 a.C.	380,5 – 172,5 a.C.
	Tum 1/ Estr. 5_279617	Vegetal	2230	40	375 - 208,5 a.C.	387 - 200,5 a.C.
Az-67	Tum 1/ Estr.5_279621	Vegetal	2840	50	1107 - 917,5 a.C.	1190,5 – 847,5 a.C.
	Tum/ Estr.13_279622	Vegetal	2320	50	481,5 – 231,5 a.C.	704,5 – 204,5 a.C.
	Tum 2/ Entierro 1	Textil	2220	40	364 - 209 a.C.	388 - 197 a.C.
	Tum 2/ Entierro 2	Cabello	2290	40	401 - 235 a.C.	407 - 208 a.C.
Az-17	Tum 1/ Estr.1_302511	Vegetal	2320	40	410 – 258,5 a.C.	512,5 – 210 a.C.
	Tum 1/ Estr.6_302510	Vegetal	2270	50	394,5 – 229,5 a.C.	402 - 201, 5 a.C.
	Tum 1/ Estr.5_302507	Vegetal	2300	60	407,5 – 209 a.C.	700 - 195 a.C.
Az-80	Tum 1/ Estr.8_302509	Vegetal	2390	40	512,5 - 398 a.C.	745 - 388 a.C.
	Tum 1/ Estr.2_302508	Vegetal	2230	40	375 - 208,5 a.C.	387 - 200,5 a.C.
Az-148	Tum 1/ Estr.8_302506	Vegetal	2500	60	770,5 – 538 a.C.	790 - 414 a.C.
	Tum 1/ Estr.2_302505	Vegetal	2370	40	508,5 – 391, 5 a.C.	733 - 380 a.C.
Az-12	Tum 1/ Estr.11_302504	Vegetal	2340	60	520 - 259 a.C.	747 - 205,5 a.C.
	Tum 1/ Estr.1_302503	Vegetal	2470	70	757,5 – 424,5 a.C.	773 - 406,5 a.C.

Tabla 1. Dataciones ^{14}C obtenidas de los túmulos, FONDECYT 1085106

1. Existiría una mayor antigüedad de la conocida, alcanzando a los 2800 a.p incluso calibradas podrían llegar a los 3000 a.p.
2. Los fechados apoyarían la hipótesis de que las poblaciones constructoras de túmulos confeccionaban estos montículos paralelamente a los que se enterraban en fosas, por lo tanto no es un indicador de un proceso tardío relacionado con las poblaciones formativas, denominada fase Alto Ramírez, sino que los túmulos se habrían comenzado a construir desde la fase temprana

Faldas del Morro/Azapa, aunque su mayor expresión o desarrollo lo habrían alcanzado después del 2500 a.p.

Esta situación apoyaría la idea que señala que las tradiciones funerarias de construcción de túmulos y excavación de fosas donde depositaron cuerpos, se desarrollaron de manera paralela cerca al 2.700 a.p y no de manera consecutiva. En consecuencia, la denominada fase Alto Ramírez, debe comenzar a considerarse como una tradición cultural que compartió espacios temporales y territoriales con la tradición Faldas del Morro/Azapa durante sus inicios.

3. A partir del 2490, a.p. hay asentamientos permanentes distribuidos a lo largo del valle de Azapa, lo cual implica que estas poblaciones están en pleno dominio del valle, posiblemente como consecuencia del trabajo agrícola.
4. El mayor número de fechados se concentra entre el 2500 a.p. al 2200 a.p., lo que sugiere que el mayor auge de estas construcciones en el valle de Azapa alcanzó un periodo de 300 años.
5. Las dataciones obtenidas de los niveles superiores e inferiores son disímiles, lo que nos hace pensar que los túmulos se construyeron a través del tiempo. Por ejemplo en Az-70, túmulo 1, dos dataciones obtenidas de distintos contextos funerarios han arrojado fechas diferentes que alcanzan casi los 400 años (Muñoz 1987). La complejidad de construir túmulos dentro del mismo túmulo son testimonios de una práctica que perduró por varios cientos de años.
6. En los valles de Arica, la tradición de construcción de montículos finaliza alrededor de los 2070 a.p., situación que contrasta con lo sucedido en otros valles como la desembocadura del río Loa, donde la tradición se prolonga hasta los 1200 a.p.
7. En el valle de Azapa, en la actualidad se han fechado 11 túmulos, 5 ubicados en la ladera norte y 6 ubicados en la ladera sur; presentan cronologías similares a excepción del túmulo 1 de Az-67, donde una muestra datada arrojó una fecha de 2840 a.p, la más temprana para dicho valle.
8. Las dataciones obtenidas de los complejos de túmulos Az-67, túmulos 1 y 2; Az-70, túmulos 1 y 7; y Az-17, túmulos 1 y 4, arrojan fechas similares situadas entre el 2490 a.p. al 2200 a.p.
9. Las fechas obtenidas de muestras tomadas de entierro humano presentan similitudes con las dataciones obtenidas por muestra de fibra vegetal, esto indica que la muerte de los individuos enterrados en los túmulos fue contemporánea con la edificación de la estructura arquitectónica monticular.

10. No hay diferencias cronológicas de acuerdo a los distintos tamaños de los túmulos tampoco se observan diferencias entre túmulos con entierros individuales o colectivos.

La información que nos proporcionaron los fechados señala que los túmulos comenzaron a construirse a partir del 2800 a.p. Esta tradición de construir estructuras elevadas, si bien es propia del periodo Formativo, el uso de esteras y pequeñas camadas de fibra vegetal, es conocido en los entierros de la costa de Arica desde el periodo Arcaico Tardío (Dauelsberg, 1974). Estas evidencias por lo tanto nos sugieren que la tradición de construir túmulos es una idea que pudieron haberla generado las poblaciones de pescadores de los valles occidentales. En este sentido, la construcción de túmulos no puede ser entendida como un catalizador del desarrollo social, sino como un testigo activo de la configuración social de los grupos costeros.

Discusión: Función y rol de los túmulos

Más allá de ser espacios de entierros donde los cuerpos eran removidos continuamente, pensamos que éstas construcciones monticulares fueron vistos como espacios o centros ceremoniales, específicamente los que se ubican en los sectores de San Miguel, Alto Ramírez y Cerro Sombrero del valle de Azapa, ocupando áreas que alcanzan más de 82,000 m^2. Estos complejos de túmulos poseen un amplio dominio visual que se extiende desde la costa hasta el encajonamiento del valle, lo que habría permitido el control y organización de las poblaciones que se desplazaban entre estos espacios. Su gran volumen y concentración hizo que estos monumentos construidos de tierra y fibra vegetal no pasaran desapercibidos por la gente que se movilizaba en el valle, lo que hizo que fueran ofrendados celebrándose una serie de cultos relacionados con la tierra y divinidades (Rivera 2002:65-66; Muñoz y Zalaquett 2011).

Del análisis de visibilidad de los túmulos podemos plantear que todas estas construcciones visuales fueron resultado de la organización y planificación social que las poblaciones Alto Ramírez, constructoras de túmulos, hicieron del espacio ocupado. La determinación de construir monumentos de forma monticular pudo ser una estrategia de la sociedad Alto Ramírez tomando como modelo la figura del cerro, los que habrían constituido tal vez, las deidades tutelares relacionadas con el mito de origen de estas poblaciones (Muñoz 2014).

Otras hipótesis que se desprenden del análisis de visibilidad es que, en el caso

de las poblaciones Alto Ramírez, el poder pudo haber operado a través del culto a los ancestros, situación que los habría llevado a construir los túmulos. Las celebraciones públicas como las que se dieron en estos montículos, pudieron haber ayudado a validar la autoridad, unificar a los grupos o promover alguna obra de los ancestros (Isbell 1997).

Si consideramos la ocupación por m^2 y el número de túmulos, la Pampa Alto Ramírez y la terraza de San Miguel serían las áreas nucleares que concentraron los mayores asentamientos vinculados con las poblaciones formativas asentadas en el valle de Azapa. Por otro lado, en ambos sectores fueron hallados cementerios vinculados a poblaciones de pescadores precedentes, inicios del periodo Formativo, como AZ-14 en Alto Ramírez y AZ-71 en San Miguel con fechas de 3.000 al 2600 a.p. (Santoro 1980). Estos antecedentes nos inducen a plantear que la construcción de los túmulos al parecer obedeció a un patrón estructural de origen costero, donde la idea de levantar grandes montículos como fueron los conchales (depósitos de basuras de conchas marinas), tal vez tuvo como modelo el medio donde las poblaciones se desenvolvieron; específicamente los cerros que conformaron las laderas del Valle de Azapa.

En este mismo contexto, Muñoz (1987) plantea que los túmulos de Alto Ramírez, aparte de tener una función funeraria, también habrían tenido un carácter ceremonial debido a que una vez que dejaron de ser utilizadas como necrópolis (cementerio) fueron ofrendadas como espacios sagrados, incluso hasta periodos tardíos, como el de contacto Indígena-Hispano; siendo ofrendados en la cima y bordes de los túmulos objetos confeccionadas en metal, lana y productos agrícolas. Otros hallazgos que nos llevan a pensar en el carácter ceremonial de estos túmulos refieren a la presencia de productos comestibles encontrados en las capas más tempranas, principalmente porotos, calabaza y semillas, los que habrían formado parte de ofrendas vinculadas a las ceremonias de fundación de estos monumentos de tierra (Muñoz 2014).

Por su parte, Romero (2004:263) señala que los túmulos habrían poseído un significado social vinculado a la ideología productiva (económica) relacionada a su vez con el medio ambiente; postula que las ofrendas dispuestas en los túmulos habrían tenido como objetivo homenajear al monumento y a la ideología que sustentaba a la población en el momento de su construcción, más que ofrendar al difunto. Plantea que los túmulos pudieron haber cumplido la función de hacer trascender ideas mediante la transformación del paisaje. Su ubicación estratégica desde el punto de vista del paisaje, ha hecho que Muñoz (2014) plantee que los túmulos fueron construcciones que delimitaron y representaron el paisaje natural (cerros) y que, a través de los restos mortuorios se transforman en luga-

res ceremoniales, vinculado con el culto a los ancestros, constituyéndose, por lo tanto, en identidades emblemáticas de los tempranos pescadores en tránsito a la agricultura.

De lo anteriormente señalado, y considerando que los túmulos fueron las primeras construcciones elevadas sobre superficie realizadas por los pescadores en tránsito a la agricultura en el desierto de Atacama, alcanzado algunas hasta 6 m de altura, estos espacios monumentales, como lo señala Bradley (1998), debieron haber tenido la función de conmemorar, el recuerdo del pasado en el presente, preservando el orden social anterior establecido. Su presencia en un momento de cambio, como fueron las primeras prácticas agrícolas, habría conducido a nuevas formas de ser y estar en el mundo, representando un conjunto de transformaciones simbólicas, sociales y políticas que fueron más allá de una mera transformación económica productiva como fue la agricultura. Esta idea de percibir el potencial comunicativo de ciertas obras monumentales lo vemos en las culturas andinas, a lo largo del tiempo, construyendo obras arquitectónicas de distintos tipos: montículos, plataformas, pirámides, plaza, etc., donde celebraron asambleas y reuniones públicas de carácter social, religioso político y/o económico, lo que hizo según Dillehay (2005) que se constituyeran en lugares perdurables expresando un sentido de tiempo como de compromiso, ayudando a la constitución de la identidad de las comunidades andinas.

Considerando las ideas planteadas en los párrafos anteriores, sugerimos que la construcción de túmulos por parte de los pescadores en tránsito hacia la agricultura habría implicado una organización cuyos fundamentos estuvo en la cooperación de parte de la comunidad. En esta cooperación estuvieron implícitas las fiestas y ceremonias, especialmente en los rituales de término de una fase constructiva que implicaba entierros y sellados de estos. La construcción de montículos funerarios, habría permitido que uno o varios grupos lograran el control de los principios de legitimidad basándose en su relación con los antepasados enterrados en los que estaban implícitos los recursos de agua de vertiente. A nivel de grupos locales, la participación en las ceremonias fúnebres indicaría pertenencia a grupos y establecería los derechos personales de acceso a los recursos. En suma, al igual como lo señala Moore (1996), es posible que la construcción de los túmulos de Azapa, remitan a toda una estructura que se hizo bajo un escenario regulado tanto social como materialmente.

Aproximaciones en torno a la complejidad y diversidad social de las poblaciones constructoras de túmulos

Al analizar la diversidad social de las poblaciones que construyeron los túmulos, tenemos que prestar atención al discurso que podemos abstraer de la cultura material dejada por dichas poblaciones; partiendo del hecho que las sociedades humanas tradicionales[4] no conciben a la cultura material como simples artefactos utilitarios, ya que los objetos son partes de las personas y por lo tanto, su importancia reside en su significado y su historia particular; en otras palabras, como lo plantea Hodder (1994) e Ingold (2000), los artefactos tienen memorias e historia de vida. En el caso de las poblaciones Alto Ramírez, el paisaje y la memoria –ancestros– habrían sido la base sobre el cual se cimentó su identidad; es probable que la irrupción de prácticas funerarias basadas en el depósito de cuerpos en montículos, explique el surgimiento de una tradición funeraria en la que los antepasados se convirtieron en argumentos de derecho para regular el acceso y uso de territorios complejos, especialmente donde se concentraban los recursos hídricos.

Si consideramos desde el punto de vista de la arqueología del paisaje, que ciertos lugares pueden ser reconocidos y mantenidos por la comunidad como puntos que incorporan y evocan un sentimiento de identidad (Shennan 1994), la construcción de los túmulos pudo haber estado relacionada con los orígenes de las primeras poblaciones agrícolas, con sus antepasados y, por lo tanto, con su memoria. De esta manera, los túmulos habrían sido para los agricultores iniciales, los monumentos conmemorativos de sus orígenes como pescadores, constituyéndose en claros elementos estructuradores del paisaje social que delimitaban y protegían el espacio territorial y albergaban a los ancestros.

La importancia que tuvieron estas construcciones monticulares en la construcción de la identidad está reflejada en una serie de evidencias. En primer lugar, están las ofrendas halladas en la cima, bordes e interior de estas construcciones, que denotan un culto permanente a estos montículos. En segundo lugar, se halla la presencia de pisos ocupacionales con restos de fluidos y basuras, que indican actividades de preparación y consumo de alimentos durante el culto a los ancestros (sacar y reenterrar a los muertos). En tercer lugar, se han hallado en los entierros varios instrumentos musicales probablemente utilizados en estas ceremonias, Focacci y Erices (1972/1973) describen silbatos, cornetas de hueso y sonajas de calabazas, instrumentos que habrían sido utilizados para recrear un ambiente festivo en la medida que eran enterrados o reenterrados los difuntos ancestros

(Figura 6). En consecuencia, construir un túmulo fue parte significativa de la identidad de las poblaciones Alto Ramírez, ya que les permitió estar conectado al mundo de los antepasados, la forma de construcción estuvo vinculada a imitar los cerros que junto a los recursos hídricos constituyeron los hitos fundamentales sobre el cual habrían estructurado la ideología de los pescadores (Figura 7).

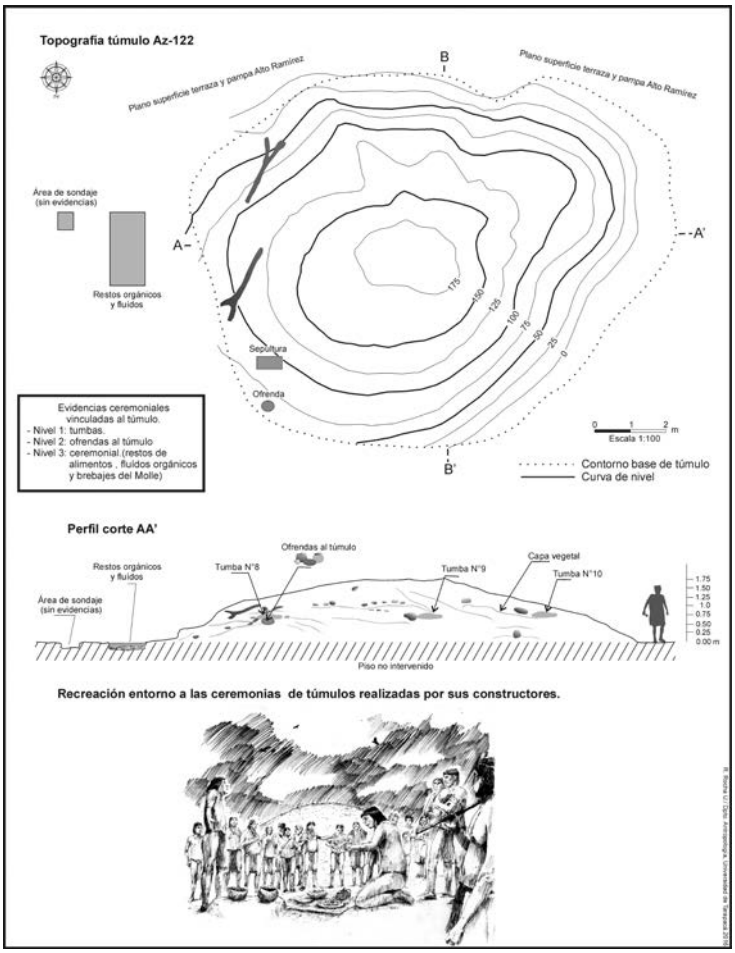

Figura 6. Plano topográfico del túmulo Az-122. Recreación de rituales al túmulo, a partir de las evidencias ceremoniales.

En los valles de Arica, la construcción de los montículos funerarios al haber tenido la función, entre otros aspectos, de reafirmar territorio e implantar cierto grado de posesión y control en los recursos hídricos sumado a la visibilidad

imponente, que ofrecían estas voluminosas construcciones, especialmente los que se ubicaban en la pampa Alto Ramírez, San Miguel de Azapa (valle de Azapa), Conanoxa (valle de Camarones) o en Miculla en el valle del Caplina, Tacna (Gordillo 1997), habrían ayudado a una reorganización del paisaje cultural[5] por parte de los pescadores. Esto hizo que tanto los túmulos como las vertientes fueran permanentemente ritualizadas, depositándoles objetos y bienes como orejeras de plata, tejidos, gorros de cuatro puntas, placentas humanas etc. hallados en Az-122 (Muñoz 1987), Az-70 (Focacci y Erices 1972/1973) y Az-145 (Castro et al. 1988). De esta manera, dichos montículos, fueron parte del paisaje ritual, espacios donde estaban enterradas las poblaciones pioneras del desarrollo agrícola, adquiriendo por lo tanto una función ceremonial relacionada con el culto a los muertos. Esta función sería similar al rol que habrían cumplido similares estructuras monticulares monumentales halladas en el norte de Chile, específicamente en el sector medio del valle de Quillagua y desembocadura del río Loa y litoral del desierto de Atacama entre Antofagasta y Chipana, al norte de la desembocadura del río Loa (Agüero et al. 2001; Núñez y Santoro 2011; Ballester y Clarot 2014). Como también en otras áreas culturales aborigen de Sudamérica, como el caso de Cerritos de Indios en Uruguay y Delta del río Paraná, Argentina, vinculadas entro otros aspectos al culto a los ancestros (Criado et al. 1999-2000; Gianotti 2000; López Mazz 2001; Pintos y Bracco 1999; Bonomo et al. 2011, entre otros).

Figura 7. Componentes de la cosmovisión de los pescadores en tránsito a la agricultura.

De lo anterior se desprende que la construcción de los túmulos pudo haber obedecido a un cambio de mentalidad vinculada con la estructura ideológica de los pescadores en torno a concebir un concepto de funebria distinto, entre otros, levantando construcciones sobre el nivel del piso, los que eran vistos de distintos lugares del valle, o colocar un poste como indicador del lugar exacto del entierro. La construcción de estos montículos y las ceremonias celebradas en ellos, al parecer fueron los conductos que ayudaron a una socialización de las comunidades de los valles occidentales, constituyéndose por lo tanto en lugares perdurables, expresando un sentido de temporalidad propio. En este contexto, construir un túmulo, fue una tarea propicia para ver en acción la diversidad social en estos grupos humanos, pues permitió la participación de la comunidad a través de las diversas categorías etarias (niños, jóvenes, adultos y ancianos), cada uno cumpliendo funciones de acuerdo a su rol, apoyados además por familiares con parentesco consanguíneo y ceremonial.

Desde el punto de vista de la planificación, la construcción de los túmulos debió involucrar una estrategia organizativa por parte de las personas que componían las comunidades de pescadores. Su construcción implicó tomar decisiones como mover gente para el traslado de los materiales, determinar los espacios donde se construyeron, buscar a especialistas para preparar las camadas de fibra vegetal, planificar las ceremonias fúnebres y organizar las fiestas que giraron en torno a mover y reenterrar a los ancestros.

Ahora bien, dentro de estas comunidades de pescadores observamos ciertos indicadores que nos llevan a plantear ciertas diferencias por parte de los grupos humanos que construyeron los túmulos. Así por ejemplo, desde el punto de vista de la arquitectura observamos túmulos que por su tamaño y volumen, como los de Az-70 o Az-17, alcanzaron alturas de 6 m lo que implicó por parte de la comunidad un fuerte movimiento de tierra y recolección de piedras y plantas, estas últimas para construir extensas camadas de fibra vegetal con las cuales cubrieron los cuerpos, a diferencia de túmulos menores que alcanzaron 1 m. de altura, cuyas construcciones fueron más rudimentarias utilizando por ejemplo menos piedras y capas de fibra vegetal. La compleja preparación de camadas, unas más densas que otras y con un fino tramado, implicó un mayor gasto de energía por parte del grupo humano que las construyó.

Por otra parte, algunas piezas textiles halladas en los entierros en Az-70, donde se utilizaron técnicas especiales tipo *kelim* sumada a otras piezas que presentan una iconografía de diseños y colores variados (Muñoz 1987 y 2004; Ulloa 1981), marcan una diferencia respecto a otro tipo de entierros donde las ofrendas no presentan ni la técnica ni la riqueza decorativa, tal es el caso de las vestimen-

tas, con las que cubrieron los cuerpos en los entierros de AZ-122 o AZ-12, lo que sugiere la idea que pudieron haber habido familias unos con mayores recursos que otros que se enterraban en los túmulos.

Otro indicador que remarcaría ciertas diferencias sociales corresponde al hallazgo de mujeres jóvenes, menos de 25 años, enterradas en un sólo túmulo, como son los casos de Az-67, túmulo 2 (Silva-Pinto 2014) y Az-70, túmulo (Muñoz 1980), lo cual demostraría cierta selectividad en cuanto a enterrar personas en los túmulos[6]. Finalmente hay túmulos como los de Az-70, túmulo 6 y el túmulo 1 de Az-67 (Muñoz 2014), donde hay ausencia de entierros encontrándose solamente cráneos y osamentas aisladas; sin embargo, el tiempo y la energía invertida en construir estos montículos indican que debió haber habido una estructura social que auspició este tipo de construcción ceremonial.

Sin embargo, a pesar de estas diferencias, las poblaciones constructoras de túmulos compartieron una identidad basada en el sentimiento relacional y colectivo de la territorialidad costera tal como lo señala Johannsen (2004) y Vigliani (2006) para sociedades tempranas en tránsito a la agricultura. No obstante, es posible que en ciertos contextos y situaciones específicas pudieran aparecer identidades más individualizadas que habrían alcanzado cierto poder como la figura del curandero o del líder vinculado al culto a los ancestros.

La tradición de construir túmulos comienza lentamente a desaparecer a comienzo de la era cristiana, sin embargo, varias son las preguntas que saltan a raíz de por qué no se construyeron más túmulos; una primera interrogante tuvo que ver con las tensiones que en un momento de mayor poblamiento en el valle habría generado construir estos montículos, especialmente a las nuevas familias que ocupaban los espacios donde habían sido construidos, generándose un problema de tierras de cultivos y explotación de recursos naturales. Una segunda interrogante pudo haberse relacionado a la pérdida de filiación de parte de los grupos de agricultores con sus muertos. Una tercera interrogante pudo haber sido que los túmulos representaron tradiciones y mitos locales de fundación, por lo tanto, las poblaciones del período Medio, algunas de ellas influenciadas por Tiwanaku, pudieron haber eliminado las ceremonias y reentierros en estos monumentos. Sin embargo, tenemos que señalar que las poblaciones del periodo Medio mantuvieron las tradiciones de depositar ofrendas en los bordes de los túmulos, lo cual implica que estos montículos fueron parte importante de la memoria colectiva de las poblaciones de dicho periodo, alcanzando incluso el periodo de contacto indígena-europeo.

Conclusiones

El surgimiento y desarrollo de los túmulos como espacios monumentales en las poblaciones de pescadores, cazadores y recolectores del desierto de Atacama representan, como lo señala Gianotti (2000), una nueva concepción del tiempo y el espacio, la materialización de la vida, de la muerte y del manejo que la sociedad de los vivos hizo de sus antepasados. Los túmulos fueron construidos en lugares cercano, donde ya se habían enterrado poblaciones de pescadores que se asentaron en el valle para iniciar el proceso de agriculturación; por lo tanto, la construcción de estos montículos responde a un proceso que va asociado a cambios de naturaleza económica y social por parte de los pescadores asentados en la costa de los Valles Occidentales. Sus lugares preferidos de asentamientos fueron los sectores bajos de los valles cercano donde brotaba el agua; allí construyeron sus moradas y montículos en terrazas.

Su amplia visibilidad sumado a su imponente estructura arquitectónica habrían ayudado a que fuesen vista por las poblaciones del valle como marcadores del espacio territorial, la que se asociaría a una pertenencia ancestral de los recursos por parte de los grupos pescadores y recolectores en tránsito hacia la agricultura. La conformación de estos montículos a lo largo del valle, en algunos sectores con mayor presencia que otros, nos hacen pensar que se trataría de estructuras genealógicas, pensadas y construidas para albergar generaciones de individuos; por otro lado, su compleja arquitectura permitió una participación activa de la comunidades de pescadores, constituyéndose por lo tanto en lugares históricos y públicos ayudando a cimentar la identidad de estas poblaciones en el desierto costero de Atacama del extremo Norte de Chile.

El estudio de los túmulos ha proporcionado las bases para entender el origen de la arquitectura en los valles de Arica, la que está relacionada con la complejidad social en el contexto de los primeros agricultores, en donde los túmulos constituyen el producto material de un nuevo orden social y una nueva forma de ser y estar en el mundo. Al parecer, la construcción de los túmulos obedeció a un patrón estructural de origen costero donde la idea de levantar montículos habría tenido como modelo el medio donde las poblaciones se desenvolvieron; específicamente los cerros que conformaron las laderas de los valles (Figura 8). Los elementos estructurales con que construyeron los túmulos, obedecieron a componentes ligados con los recursos que ofrecía el medio.

Figura 8. Serranía, ladera sur valle de Azapa, vista de la ladera norte, sector de túmulos Az-67, Cerro Moreno.

Para construir los montículos se necesitó de una organización previa donde la familia y la comunidad unieron esfuerzos para lograr dicho objetivo, por lo tanto, representarían el surgimiento de una organización social basada en la comunidad aldeana. Las distintas variedades de túmulos, ya sea por su tamaños y extensión territorial, sumada a distintas formas de entierro y tratamiento de los cuerpos, nos hablan de diferencias entre las poblaciones de pescadores; claramente se observa una mayor inversión de energía y tiempo en unos entierros en relación con otros. Esta diferenciación social posiblemente se centró en familias o grupos que tuvieron mayores recursos, rangos y jerarquías como consecuencia del control de los recursos hídricos.

Ahora bien, construir un túmulo junto con movilizar a personas con el propósito de cooperar y ayudar en su construcción, implicó que al término de ésta, en reciprocidad por la cooperación, se organizaran fiestas y ceremonias, especialmente en los rituales de término de una fase constructiva que implicaba enterrar al individuo y cubrirlo con camadas de fibra vegetal. Estas ceremonias celebradas en los alrededores de los túmulos tal vez fueron el catalizador que habría permitido a las poblaciones pescadores y agricultores tempranos entrar en contacto con sus ancestros míticos. Quizás parte del poder habría recaído en los líderes que hacían de puente entre la comunidad y los ancestros.

En este proceso adquiere real importancia la formalización de los cementerios y la figura de los ancestros como mecanismo social que contribuyó a consolidar la relación entre grupos de descendencia y lugares claves del paisaje. Dentro de los lugares claves del paisaje de los valles costeros se hayan las vertientes, donde emanaba el agua, recurso vital en un espacio de mucha sequedad; por lo tanto,

como una forma de señalizar y reclamar dichos recursos, las poblaciones habrían construido los túmulos en cuyo interior se hallaban los restos de sus ancestros; esto posiblemente le dio derecho al uso de las aguas, con las cuales pudieron desarrollar las prácticas agrícolas. Señalemos que los túmulos como refugio de los ancestros, los cerros y el agua habría constituido la estructura ideológica fundacional sobre el cual se cimentó la identidad de estos tempranos agricultores.

Agradecimientos. Esta investigación fue financiada por el proyecto Fondecyt 11130249. Se agradece la colaboración de la antropóloga Mag. Andrea Chamarro por la revisión del texto y el Sr. José Raúl Rocha, encargado de la Oficina de Catalogación del Departamento de Antropología de las Universidad de Tarapacá por la confección del material gráfico.

Notas

1. El tema de la complejidad social ha sido analizado desde la perspectiva de los modelos antropológicos tradicionales y su problemática en cuanto a su organización. En este contexto podemos citar a Simón (1962), Rakita (2001), Chapman (2003) Reinoso (2011), entre otros, quienes han tomado como eje de información los rituales mortuorios, las redes sociales y la arquitectura de la complejidad.
2. El estudio de la arquitectura entre otros, permite analizar la función del asentamiento como un elemento esencial en la formación de las identidades territoriales, como un espacio lleno de significado, que fue parte de la construcción de un grupo social en un tiempo determinado.
3. El espacio doméstico según Florían (2001) constituye una unidad espacial en la cual un grupo social desarrolla su vida cotidiana. Los espacios domésticos son ocupados por determinados grupos sociales, que se caracterizan por una serie de actividades y procesos en base de los cuales el grupo se integra en la sociedad en una sucesión de niveles de complejidad e integración (Flannery 1976)
4. Las sociedades humanas, son entidades poblacionales, que considera los habitantes y su entorno, interrelacionado con un proyecto común, que les da una identidad de pertenencia. Asimismo, el término significa un grupo con lazos económicos, ideológicos y políticos
5. Los paisajes culturales lo entendemos como una construcción histórica resultante de la interacción entre los factores bióticos y abióticos del medio natural.

6. Este tipo de entierros excepcionales debe ser materia de futuros estudios relacionados con roles y funciones de la mujer en este período de transición de pescadores a agricultores.

Bibliografía

Agüero C., M. Uribe, P. Ayala, B. Cases y C. Carrasco. 2001. Ceremonialismo del período Formativo en Quillagua, Norte Grande de Chile. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 32: 24-34.

Allison, M.J. 1989. Condiciones de salud prehistórica en el Norte Grande. En *Culturas de Chile. Prehistoria desde sus Orígenes hasta los Albores de la Conquista*, editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp. 221-227. Editorial Andrés Bello, Santiago.

Ballester B. y A. Clarot. 2014. *La gente de los túmulos de tierra: estudio, conservación y difusión de colecciones arqueológicas de la comuna de Mejillones*. Fondo Nacional de Desarrollo Regional F.N.D.R., Consejo Regional Región de Antofagasta, Chile.

Bonomo, M., G. Politis y C. Gianotti. 2011. Montículos, jerarquía social y horticultura en las sociedades indígenas del Delta del rio Paraná (Argentina). *Latin American Antiquity* 22(3): 297-333.

Bradley, R. 1998. *The Significance of Monuments. On the Shaping of Human Experience in Neolithic and Bronze Age Europe*. Routledge, London.

Bustos, R. 2014. Identificación de especies botánicas en las capas de fibra vegetal de los túmulos d eAz-67. Anexo 1. En *Mil años de Historia de los Constructores de Túmulos de los Valles Desérticos de Arica. Paisaje, Monumentos y Memoria,* editado por I. Muñoz y S. Fernández, pp. 241-248. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica.

Castro, E., I. Cifuentes, C. Fuentes, V. González, V. Labbé, E. Pizarro y H. Rojas. 1988. *Estudio de una W'aca Prehispánica: La Evidencia Arqueológica y el Testimonio de los Cronistas.* Seminario para optar al título de profesor en Historia y Geografía y Licenciado en Ciencias Sociales, Facultad de Estudios Andinos, Universidad de Tarapacá, Arica.

Chapman, R. 2003. *Archaeologies of Complexity.* Routledge, Londres.

Criado, F., C. Gianotti y V. Vasquez. 1999-2000. Los túmulos como asentamientos. *Actas del 3º Congreso de Arqueología Peninsular*, Vol. III, pp. 289-302.

Dauelsberg, P. 1974. Excavaciones arqueológicas en Quiani. *Chungara* 4:7-38.

Dillehay, T. 2005. Introducción. En *Encuentros: Identidad, Poder y Manejo de Espacios Público,* editado por P. Kaulicke y T. Dillehay. *Boletín de Arqueología PUCP* 9:19-24.

Flannery K. 1976. *The Early Mesoamérica Village*. Academic. Press, New York.

Florian C. 2001. *Ser Social y Espacio Social en Arqueología*. Tesis para optar el título de Maestro en Arqueología, Escuela Nacional de Antropología y Historia, México.

Focacci, G. y S. Erices. 1972-1973. Excavaciones en túmulos de San Miguel de Azapa (Arica-Chile). *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena,* pp.47-62. Universidad de Chile, Santiago.

Gianotti, C. 2000. *Monumentalidad, Ceremonialismo y Continuidad Ritual. Paisajes Culturales Sudamericanos. De las Prácticas Sociales a las Representaciones*. Serie TAPA 19, Laboratorio de Arqueoloxía e Formas Culturais (IIT-USC), Santiago de Compostela.

Godoy, P. 2014. Consideraciones en torno a la construcción de los túmulos 1 y 2 de Az-67: implicancias de un patrón arquitectónico en la organización socioeconómica de las pobalciones formativas de la costa y valles de Arica. En *Mil Años de Historia de los Constructores de Túmulos de los Valles Desérticos de Arica. Paisaje, Monumentos y Memoria,* editado por I. Muñoz y S. Fernández, pp. 203-212. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica.

Gordillo, J. 1997. Tacna y el período Formativo en los Andes Centro Sur (1.100a.C.-500 d.C.). *Revista Cultura y Desarrollo* 1: 7-22.

Hodder, I. 1994. *Interpretación en Arqueología: Corrientes Actuales*. Crítica, Madrid.

Ingold, T. 2000. The temporality of the landscape. En *The Perception of the Environment. Essay on Livelihood, Dwelling and Skill*, compilado por T. Ingold, pp-189-208. Routldege, Londres y New York.

Isbell, W.H. 1997. *Mummies and Mortuary Monuments. A post processual Prehistory of Central Andean Social organization*. University of Texas Press, Austin.

Johannsen, J. 2004. Operational ethnicity. Serial practice and materiality. En M*aterial Culture and Other Things. Post-disciplinary studies in the 21ª Century,* editado por F. Fahlander y T. Oestigaard, pp. 161-184. Department of Archaeology, University of Gothenburg,

Ledezma, M. 2014. Área de captación de recursos vegetales para la construcción del túmulo 1, sitio Az-67, valle de Azapa, Arica, Chile. En *Mil Años de Historia de los Constructores de Túmulos de los Valles Desérticos de Arica. Paisaje, Monumentos y Memoria,* editado por I. Muñoz y S. Fernández, pp. 213-228. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica.

Lopez-Mazz, J.M. 2001. Las estructuras tumulares (cerritos) del litoral atlántico uruguayo. *Latin American Antiquity* 12 (3):1-25.

Mc-Guire, R. 1983. Breaking down cultural complexity: Inequality and heterogeneity. *Advances in Archaeological Method and Theory* 6: 91-142

Moore, J. 1996. The archaeology of plazas and the proxemics of ritual. *American Anthropologist* 98(4):789-802.

Muñoz, I. 1980. Investigaciones arqueológicas en los túmulos funerarios del valle de Azapa (Arica). *Chungara* 6:57-95

Muñoz, I 1987. Enterramientos en túmulos en el valle de Azapa: Nuevas evidencias para definir la fase Alto Ramírez en el extremo norte de Chile. *Chungara*: 19:93-128.

Muñoz, I. 2004. *Estrategias de Organizació*n *Prehispánicas en Azapa: el Impacto de la Agricultura en un Valle del Desierto Costero del Pacífico*. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica.

Muñoz, I. 2014. Aproximaciones al individuo, su entorno y su cultura material. Conclusiones y Comentarios finales. En *Mil Años de Historia de los Constructores de Túmulos de los Valles Desérticos de Arica. Paisaje, Monumentos y Memoria,* editado por I. Muñoz y S. Fernández, pp. 229-240. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica.

Muñoz, I. y M. Gutiérrez. 2011. Los túmulos de Cerro Moreno: Arquitectura en armonía con el paisaje desértico, período agrícola temprano, valle de Azapa, norte de Chile. *Reunión Anual de Etnología, La Paz Bolivia, Anales XXIV:* 163-178.

Muñoz, I., y F. Zalaquett. 2011. El paisaje en la distribución de los túmulos funerarios del valle de Azapa, durante el periodo formativo, norte de Chile. *Revista de Geografía Norte Grande* 50:23-43.

Muñoz, I, C. Agüero y D. Valenzuela. 2016. Poblaciones prehispánicas de los Valles Occidentales del norte de Chile: desde el Periodo Formativo al Intermedio Tardío (ca. 1.000 años a.C. a 1.400 años d.C.). En *Prehistoria en Chile,* editado por F. Falabella, M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate y J. Hidalgo, pp. 181-237. Editorial Universitaria y Sociedad Chilena de Arqueología, Santiago

Muñoz I, S. Fernandez y J. Rocha. 2014. Nuevas dataciones de ^{14}C para los túmulos funerarios: una breve discusión en torno a la cronología de túmulos y la antigüedad del proceso formativo en Arica. En *Mil Años de Historia de los Constructores de Túmulos de los Valles Desérticos de Arica. Paisaje, Monumentos y Memoria*, editado por I. Muñoz y S. Fernández, pp. 163-178. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica.

Niemeyer, H. y V. Schiappacasse. 1963. Investigaciones Arqueológicas en las Terrazas de Conanoxa, Valle de Camarones (Provincia de Tarapacá). *Anales de la Academia Chilena de Ciencias Naturales* 26:101-166.

Núñez, L. y C. Santoro. 2011. El tránsito Arcaico-Formativo en la circumpuna y valles occidentales del Centro Sur Andino: Hacia los cambios "neolíticos". *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 43(1): 487-530.

Pintos, S., y R. Bracco. 1999. Funebria y sociedad entre los constructores de Cerritos. Modalidades de enteramiento y huellas de origen antrópico en especímenes óseos humanos. En *Arqueología y Bioantropología de las Tierras Bajas*, editado por J.M. López-Mazz y M. Sans, pp. 63-80. Universidad de la República, Uruguay.

Rakita, G, F.M. 2001. *Social complexity, religious organization, and mortuary ritual in the Casas Grandes, Region of Chihuahua, México*. Tesis Doctoral, University of New Mexico, Albuquerque.

Reinoso, C. 2011. Redes *Sociales y Complejidad – Modelos Interdisciplinarios en la Gestión Sostenible de la Sociedad y la Cultura*. Editorial SB, Buenos Aires.

Rivera, M. 2002. *Historias del Desierto. Arqueología del Norte de Chile*. Editorial del Norte, La Serena.

Romero, A., C. Santoro, D. Valenzuela, J. Chacama, E. Rossello y L. Piacenza. 2004. Túmulos ideología y paisaje de la fase Alto Ramírez del valle de Azapa. *Actas del XV Congreso de Arqueología Chilena, Chungara* volumen especial, Tomo I: 261-272.

Santoro, C. 1980. Fase Azapa, transición del Arcaico al desarrollo agrario inicial en los valles bajos de Arica. *Chungara* 6:46-56.

Schenone H., A. Olea, A. Rojas y N. García. 2002. Malaria en Chile: 1913 – 2000. *Revista Médica de Chile* 130(10): 1170-1176.

Shennan, S. 1994. Introduction archaeological approaches to cultural identity. En *Archaeological Approaches to Cultural Identity*, editado por S.Shennan, pp.1-32. Routledge, London.

Silva. V., D. Salazar e I. Muñoz. 2014. Una aproximación a la dieta consumida por las poblaciones constructoras de túmulos. En *Mil años de Historia de los Constructores de Túmulos de los Valles Desérticos de Arica. Paisaje, Monumentos y Memoria,* editado por I. Muñoz y S. Fernández, pp. 89-102. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica.

Silva V. 2014. Bioantropología en los túmulos de AZ-67 En *Mil Años de Historia de los constructores de Túmulos de los Valles Desérticos de Arica. Paisaje, Monumentos y Memoria*, editado por I. Muñoz y S. Fernández, pp. 179-186. Ediciones Universidad de Tarapacá, Arica.

Simon H. A. 1962. The architecture of complexity. *Proceedings of the American Philosophical Society* 106: 467-482.

Soto-Heim, P. 1987. Evolución de deformaciones intencionales, tocados y prácticas funerarias en la prehistoria de Arica, Chile. *Chungara* 19:129-213.

Standen, V. 1991. *El cementerio Morro-1: Nuevas evidencias de la Tradición Funeraria Chinchorro (Período Arcaico, Norte de Chile)*.Tesis para optar al grado de Magister en Arqueología, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Standen, V., B. Arriaza, A. Romero y C. Santoro. 2007. Violencia letal y conflictos intergrupales en el Formativo del Valle de Azapa, Norte de Chile. *Andes* 7:11-23.

Ulloa, L. 1981. Evolución de la industria textil en la zona de Arica. *Chungara* 8:97-107.

Vigliani S. 2006. *Diversidad de identidad en las sociedades cazadoras recolectoras*. Tesis para optar al grado de Maestría en Arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México D.F.

Watson J. y B. Arriaza. 2014. La salud bucal y la transición hacia la agricultura en el norte de Chile. En *Mil Años de Historia de los Constructores de Túmulos de los Valles Desérticos de Arica. Paisaje, Monumentos y Memoria*, editado por I. Muñoz y S. Fernández, pp. 103-114. Universidad de Tarapacá, Arica.